

EL CONSUMO, ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO...



Por Rubén Torres

La construcción del sistema de salud justo y equitativo que deseamos requiere de una cohesión social perdurable, y evitar la destrucción de la solidaridad, como refugio y garantía de la certidumbre; que la Nación sea un conjunto de sujetos, de grupos, unidos entre sí por relaciones de solidaridad, y también la conformación de un Estado que imponga límites a sus propias acciones para convencer de manera creíble a los ciudadanos de que no se cometerán abusos políticos, sociales ni económicos. Justamente el logro de esa cohesión, fruto de múltiples acciones interdisciplinarias, resulta el punto de partida de un sistema de salud equitativamente asequible para todos los argentinos, que mejore las condiciones sanitarias, y nos proteja financieramente a todos frente a la contingencia de enfermedad.

Frente a ello, las relaciones basadas y focalizadas en la utilidad y la gratificación (el consumo) están en las antípodas de la solidaridad y, a medida que se eleva el bienestar en determinados aspectos muy básicos, los umbrales de aspiraciones de consumo también se desplazan, y las "necesidades" y los bienes que las pueden satisfacer se multiplican, especialmente en los estratos medios urbanos; y se transforman en una expectativa permanente y se amplían muy rápidamente no guardando relación con sus ingresos,

y lesionando también la solidaridad. Esta concepción de "consumo" se ha trasladado al sistema de salud (o mejor dicho increíblemente ha llegado al terreno de la enfermedad y poco tiene que ver con la salud); el consumo racional requiere de conciencia, realismo, prudencia y una sociedad más previsible y menos embarcada en una práctica consumista.

Muchos analistas vienen anunciando que "el mundo va hacia una sociedad de clase media", y América Latina exhibe un gran crecimiento de ese sector socioeconómico (según el BID: la clase media latinoamericana habría crecido un 60% desde 2003, con una significativa reducción de

Esta concepción de "consumo" se ha trasladado al sistema de salud (o mejor dicho increíblemente ha llegado al terreno de la enfermedad y poco tiene que ver con la salud); el consumo racional requiere de conciencia, realismo, prudencia y una sociedad más previsible y menos embarcada en una práctica consumista.

la pobreza), y un argumento es que ese crecimiento es el restablecimiento del viejo ideal de la movilidad social ascendente. Sin embargo, muchos sociólogos y economistas cuestionan esa clasificación advirtiendo que ante todo se trata de un fenómeno de consumo, no de una mejora de la calidad de vida. Según esta visión, es —ante todo— un fenómeno de consumo glo-

bal, en un mundo atravesado por la pasión de comprar; no existen mejores ciudadanos sino más consumidores (y no existe actividad más solitaria por antonomasia, que el consumo, aunque se realice en compañía).

En realidad, no es más que una fantasía, que surge de un modo ideologizado de ver la realidad. Desde hace tiempo, los organismos internacionales y los *think tanks* liberales vienen promoviendo un sutil cambio en el modo de concebir la pobreza y las diferencias de clase. Solíamos pensar a ambas como una relación: nadie es pobre en sí mismo, sino en relación con otro que es rico. Nadie es de clase baja, sino por contraste con la alta. Al mismo tiempo, resultaba evidente que el mejoramiento de la condición de los más desfavorecidos sólo era posible si se producían cambios productivos, políticos, impositivos, etc. que limitaran la concentración del poder y del capital en pocas manos, pero el pensamiento actual intenta persuadirnos de que la pobreza y el ascenso social son un simple problema de recursos personales, de niveles de ingreso, sin relación con las desigualdades básicas de la estructura social ni con el modo en que se organiza la producción; en otras palabras: que la pobreza es un problema de los pobres y que los ricos no tienen nada que ver en el asunto.

Desde este punto de vista, se sale de la pobreza consiguiendo que quienes ganan 1,25 dólares por día ganen 1,50, o como propone un reciente informe del Banco Mundial, el ascenso a la clase

media se produciría automáticamente cuando una persona supera los 10 dólares de ingreso diario per cápita. Visto así se nos invita a celebrar el curso de la economía mundial, dado que, efectivamente, muchas personas ven elevarse sus ingresos por encima de esos valores arbitrariamente fijados. En la mayor parte de los países desarrollados –incluyendo los Estados Unidos y buena parte de Europa– la desigualdad de ingresos viene creciendo de manera sostenida desde hace décadas. En China, el crecimiento ha venido de la mano de un explosivo aumento de la desigualdad (América Latina es la excepción: a contramano del panorama mundial, viene reduciendo sus niveles de desigualdad, que de todos modos son enormes). Puede que, en términos absolutos, los trabajadores (chinos, estadounidenses o argentinos) ganen más que antes, pero eso no significa ningún ascenso social si, al mismo tiempo, los más ricos de ambos países embolsaron ingresos que los alejan mucho más que antes de los de la gente común.

La distribución de la riqueza en la Argentina en los últimos 20 años ha consolidado “tres sociedades” (ver cuadro) que son la expresión de la pérdida de cohesión social del país: la primera de ellas, constituida esencialmente por las clases ABC1, media alta y típica, considera como un valor central la libertad individual para tomar decisiones de consumo; demanda una economía de mercado y busca esencialmente la mejora de su calidad de vida; la segunda, formada esencialmente hoy por la clase baja que ha perdido la certeza de la movilidad social ascendente, aunque conserva la esperanza de recuperarla, y demanda estabilidad y protección social; y la tercera, constituida por la clase pobre, condenada a la desilusión, a

Año	Clase alta, media alta y media típica	Clase media baja	Clase pobre
1998	44%	28%	28%
2003	30%	20%	50%
2008	45%	25%	30%
2013	45%	25%	30%

Fuente: Política sanitaria en el país de los argentinos, Reflexiones para el día después; R. Torres, Ediciones ISALUD, Buenos Aires, 2015

la resignación de saberse “excluida” del sistema social y tiene como única demanda la sobrevivencia.

En una sociedad que siempre se vio a sí misma como el modelo igualitario de América Latina, la brecha entre ricos y pobres ha ido creciendo, y las diferencias de expectativas entre los hijos de las clases altas, medias y pobres, que permitía presumir generalizadamente que el hijo de un obrero manual podía ser profesional se ha transformado hoy en la amarga sensación de que los hijos de los pobres nunca alcanzarán esa posibilidad, que descendimos de esa ilusión.

Las políticas públicas no parecen haber tenido un efecto redistributivo importante sobre las condiciones sociales de los sectores más postergados, y se hace cada vez más evidente que el crecimiento económico, medido por el aumento del PBI per cápita, la reducción del desempleo, la recuperación de los salarios reales y hasta la reducción de la pobreza y la indigencia son condiciones necesarias pero no suficientes para poner en marcha un desarrollo social con equidad.

El progreso económico no resuelve por sí sólo las causas más estructurales de pobreza. Las mejoras en las expectativas de progreso económico, no se ven reflejadas en una mayor solidaridad, participación y conciencia ciudadana. Estamos ante un Estado capaz de producir innumerables objetos de consumo, pero de crear pocos puestos de trabajo, de prestar nuevos servicios, pero no de asegurar su llegada a todos, ni tampoco la cohesión

social. Así, los pobres tienden a desaparecer de la visión pública y aprenden a ser “pacientes del Estado”, sufriendo y soportando en salas de espera y colas incómodas, demoras interminables, con ilusión primero y con impotencia después que otros tomen decisiones, que frecuentemente se traducen en una asistencia discrecional y magra. Es allí, donde la salud adquiere un rol determinante en la cohesión social y como factor redistributivo.

Que los procesos de democratización vienen de la mano de la clase media es un mito infundado, generalmente ha ido de la mano de luchas sociales protagonizadas por los sectores más bajos en alianza con alguna porción de los sectores medios, capaces de proponer modos de organizar la vida social distintos a los que actualmente favorecen la concentración de la riqueza y el poder.

Los partidos políticos, cuya tarea es canalizar la participación popular y preparar cuadros directivos languidecen por razones que exceden los errores y debilidades de sus dirigentes: la sociedad de consumo sustrae a la gente de la participación democrática y la mayoría de los votantes se repliega a la vida cotidiana, limita su participación a las elecciones y los sondeos.

El ciudadano ha devenido en consumidor, le da la espalda a la política, delega en ella el compromiso público y desarrolla su vida en torno a los íconos de la privacidad: los lazos afectivos primarios, el trabajo y el consumo, ese oscuro objeto del deseo. 